

#### IV

Aquel deseo insano y vehemente que los excitantes perfumes del invernadero habían hecho nacer en el corazón de Renata, mientras Luisa y Máximo bromeaban en el saloncito, pareció desvanecerse como una pesadilla, que no deja de su paso más que un vago recuerdo. Toda la noche había conservado la joven en sus labios el amargo ardor de la hoja maldita, encendiendo en su espíritu pasiones devoradoras. Luego, el sueño sumergió aquella impresión en grandes oleadas de sombra.

Cuando despertó, creyendo estar enferma, llamó al médico y estuvo dos días sin salir de su habitación. Máximo procuró verla inútilmente.

El joven no dormía en el hotel, á fin de disponer más libremente de su cuarto, y hacía una vida nómada, viviendo en las casas nuevas de su padre, por capricho, mudándose con frecuencia, á veces para dejar los pisos á inquilinos formales. Como estaba acostumbrado á los caprichos de su madrastra, fingió sentir gran compasión por ella, preguntando constantemente á la doncella. Al tercer día encontró á Renata en el saloncito, risueña y sonrosada.

—¿Vaya, te has divertido mucho con Celeste?— la preguntó.

—Sí,—contestó la joven,—es una chica que no tiene pero. Siempre tiene las manos heladas; me las ponía en la frente y calmaba algún tanto mi pobre cabeza...

—¿Con que esa muchacha es una medicina?— repuso Máximo.—Pues si tengo la desgracia de enamorarme, tendrás que prestármela para que ponga sus manos sobre mi corazón.

Bromearon un rato y terminaron por dar su acostumbrado paseo por el Bosque.

Unos días después, Renata, se lanzaba con más frenesí que nunca en su vida de fiestas y visitas, como si su cabeza trastornada, no se viera aquejada ya de ningún disgusto. Parecía como si hubiese sufrido algún secreto desengaño del que no quería hablar, pero que se adivinaba en el desprecio ma-

yor que sentía por sí misma, y por la depravación más peligrosa aun de sus caprichos.

Cierta tarde, confesó á Máximo que sentía vehementes deseos de ir á un baile que Blanca Muller, actriz entonces de moda, daba á las estrellas de vida equívoca, y aunque él no era muy escrupuloso, sintióse confuso ante la petición de su madrastra.

Trató de disuadirla y hacerla comprender que aquel no era su sitio, que no vería nada de particular y además, si llegaban á conocerla, daría pie para un escándalo. Pero Renata sin convencerse seguía suplicando:

—Vaya, Maximito, sé amable. Yo lo quiero... Llevaré un dominó muy oscuro y solo estaremos un rato.

Máximo que concluía siempre por ceder y que la había llevado por él á sitios peores, consintió en acompañarla. Renata palmoteó gozosa como un niño que obtiene una golosina.

—Que guapo eres,—dijo.—Vendrás mañana á buscarme muy temprano, ¿eh? Ya me enseñarás y me dirás como se llaman todas las señoras. Nos divertiremos mucho...

Luego reflexionando, añadió:

—Pero no, no vengas. Espérame en un coche en el bulevar Malesherbes. Yo saldré por el jardín.

Aquella precaución inútil era un simple refina-

miento de goce, pues aunque hubiese salido á media noche por la puerta principal, su marido no se habría molestado en enterarse.

Llegada la hora, después de recomendar á Celeste que la esperara, atrevesó temblorosa y sintiendo el placer de un miedo apetecido, la sombra obscuridad del Parque Monceaux.

Aristides, aprovechando su influencia en el Municipio tenía la llave de una puertecilla del Parque, y Renata deseó igualmente otra. Poco la faltó para extraviarse, guiándola al cabo los amarillos resplandores de los faroles que llevaba el carruaje de Máximo. El bulevar Malesherbes, en aquella época, era aun por la noche un verdadero desierto.

Una vez al lado de Máximo, que medio adormilado fumaba tranquilamente en el fondo del coche, Renata, latándole el corazón deliciosamente, como si acudiera á una cita amorosa, buscó en la obscuridad el brazo del joven.

—No me gusta el olor del tabaco, ya lo sabes,— exclamó,—pero esta noche es noche de divertirse y te doy permiso para que fumes, trátame como si fuera un camarada tuyo.

A medida que el coche iba descendiendo en dirección á la Magdalena, aumentaba la obscuridad en el interior del carruaje, de tal modo, que no se veían.

Solamente, cuando el joven llevaba á sus labios el cigarro, un punto rojo atravesaba las espesas tinieblas. Máximo no hablaba, estaba aburrido.

El capricho de su madrastra le había impedido asistir al Café Inglés, donde le esperaban unas cuantas mujeres, decididas á empezar y concluir el baile de Blanca Muller. Renata adivinó su malhumor.

—¿No te encuentras bien?—le preguntó.

—Tengo frío,—contestó Máximo.

—Pues mira, yo estoy ardiendo. Pon el borde de mis faldas sobre tus rodillas.

—¡Tus faldas!—murmuró el joven con desdén,  
—¡Estoy de ellas hasta la coronilla!

Aquella salita le hizo reír á él mismo; y poco á poco se fué animando. Renata le contó el miedo que había pasado en el Parque Monceaux, confesándole que otro de sus deseos era pasar una noche en el lago del Parque, en una barca que se veía atada á la orilla desde sus ventanas.

El joven sintió que su madrastra se volvía elegiaca, y el coche en tanto seguía andando, inclinándose el uno hacia el otro para oírse, rozándose los rostros, aspirando sus alientos tibios cuando un vaivén les aproximaba más. A intervalos, el cigarro de Máximo reavivábase y manchaba de rojo la sombra, lanzando rosados relámpagos so-

bre el rostro de Renata, quien á la luz del rápido fulgor, estaba tan encantadora, que llamó la atención de su hijastro.

—¡Oh!—dijo éste.—Estás muy bonita esta noche, mamá. Veamos un momento.

Aproximó su cigarro y dió algunas chupadas. Renata, sumida en su rincón vióse iluminada por una luz cálida y extraña.

Había levantado un poco su capuchón, y su cabeza, cubierta de ricitos y adornada con una sencilla cinta azul, parecía la de un chiquillo saliendo de la amplia blusa de seda negra cerrada hasta arriba. Sonreía Renata al verse mirada de aquel modo á la luz de un cigarro, y volvía la cara en tanto que Máximo añadía con tono de cómica gravedad:

—¡Diantre! será preciso que te vigile, si quiero volverte á mi padre sin detrimento.

El carruaje, en tanto, daba la vuelta á la Magdalena, internándose por los bulevares, donde se llenó de luces fugitivas y reflejos de las tiendas.

Blanca Muller vivía allí cerca, en una de las casas nuevas, construídas sobre los terrenos levantados en la calle Basse du Rempart. No eran más que las diez, y en la puerta se veían pocos coches. Máximo quiso hacer tiempo dando una vuelta por los bulevares, pero Renata, impa-

ciente, se opuso. Habíase puesto la careta y subieron del brazo. Husmeó la joven todas las habitaciones levantando todos los portiers, examinando todos los muebles, y hubiera llegado á abrir todos los cajones, si el temor de que la viesan no se lo hubiera impedido.

En la habitación de Blanca se olía á la legua el fausto bohemio de la gente de teatro. Allí, sobre todo, fué donde Renata se detuvo, haciendo que su compañero anduviese despacio para no perder ningún detalle. Llamó su atención, especialmente, el gabinete-tocador, abierto de par en par. Lo encontró vulgar y algo sucio, con la alfombra sembrada de quemaduras producidas por las puntas de cigarro. Las colgaduras de seda blanca estaban manchadas de jabón y de pomadas.

Después de inspeccionar las habitaciones y apuntar en su memoria los menores detalles, pasó á las personas. Conocía al sexo fuerte. Eran los mismos políticos, banqueros y vivedores que concurrían á todas partes, creyéndose un momento en su propia casa. Al examinar á las mujeres, no se desvaneció por completo la ilusión: Laura de Auriguy iba de amarillo como Susana Haffner, y Blanca Muller, llevaba un traje blanco, tan descotada que se la veía hasta media espalda, como Adelina de Espanet.

Sentada en un confidente al lado de Máximo,

descansaron un momento, él muy aburrido, y ella preguntándole sin cesar los nombres de aquellas mujeres, á quienes despojaba con la vista de sus trajes vistosos. Entretenida en tan grave ocupación, aprovechó Máximo la oportunidad, y obedeciendo á las señas que le hacía Laura de Aurigny; escapóse del lado de su madrastra, y se acercó á su amante, quien, después de embromarle con la señora que acompañaba, le hizo prometer que se reuniría con ellas, á la una, en el Café Inglés.

—Estará tu padre,—añadió al tiempo que Máximo se reunía con Renata.

Se hallaba ésta rodeada de un grupo de mujeres que reían muy fuerte, en tanto que el señor de Saffré, aprovechando la ausencia de Máximo, se había sentado á su lado y la dirigía cumplidos de cohero.

Renata, aturdida y fatigada, se levantó entonces diciendo á Máximo:

—Vámonos en seguida. Estas gentes son muy bestias.

Al salir tropezaron con el señor de Mussy, que entraba. Sin fijarse en la mujer enmascarada que acompañaba el joven, le dijo:

—¡Ay, amigo mío! No me recibe, dígala usted que me ha visto llorar por ella.

—Cumpliré el encargo,—dijo Máximo sonriendo.

Y ya en la escalera, añadió:

—Vamos, mamá, ¿no te ha conocido ese pobre muchacho?

Renata no contestó. Eran escasamente las doce y el bñevar estaba aún animado.

—¿Pero nos vamos á meter en casa?—murmuró con acento de disgusto.

—Si quieres que paseemos un rato más en coche...

Renata aceptó. Todas sus esperanzas de mujer curiosa se habían desvanecido, y se desesperaba al verse con una ilusión menos y un principio de jaqueca. Habíase figurado que un baile de actrices sería muy divertido. Como suele ocurrir en los últimos días de Octubre, hacía un tiempo que, más que de otoño, parecía de primavera. Era la noche templada, y algunas ráfagas de aire fresco daban mayor encanto al ambiente.

Renata, abstraída en vagos pensamientos, se había puesto muy seria. Aquella ancha acera barrida por los vestidos de las muchachas, y en la que las botas de los hombres sonaban con familiaridad extraña, despertaba sus deseos dormidos, la hacía olvidar aquel baile ridículo para dejarla soñar en goces más delicados.

En las ventanas de los gabinetes de Brebant, vislumbró sombras de mujeres, y Máximo la refirió una historia escandalosa de un marido burla-

do que había sorprendido también tras de una cortina la sombra de su mujer en flagrante delito con un amante. La joven apenas le escucha, y Máximo, recobrando su buen humor, concluyó por tomarle las manos y embromarla con el pobre señor de Mussy.

Cuando volvieron á pasar por frente á Brebant, dijo Renata de pronto:

—El señor de Saffré me ha invitado á cenar esta noche...

—¡Ah! hubieras comido mal,—contestó Máximo riendo.—Es un mal *gourmet*. Aún le gusta la ensalada de cangrejo.

—No; me hablaba de ostras y perdices escabechadas; pero me ha tuteado y eso me disgustó.

Calló Renata, y después de echar una mirada al bulevar, añadió:

—Lo peor es que tengo un apetito atroz.

—¿Apetito? Pues la cosa es bien sencilla, vamos á cenar juntos; ¿quieres?

El joven dijo esto con naturalidad; Renata empezó por rehusar, recordando que Celeste la tenía preparada una colación en el hotel. Mientras Máximo, no queriendo ir al Café Inglés, había hecho parar el coche á la esquina de la calle de Pelletier, delante del restaurant del café Riche.

Apeóse el joven, y viendo que su madrastra dudaba aún, dijo:

—Mira, si tienes miedo que te comprometa, dilo francamente... Subiré al pescante con el cochero y te llevaré al lado de tu marido.

Renata se sonrió y bajó del carruaje, haciendo remilgos como un pájaro que teme mojarse las patitas. Estaba sin embargo muy contenta, y aquella acera que sentía bajo sus pies y que abrasaba sus talones, comunicaba á su piel cierta sensación de miedo y de capricho satisfecho. Ahora su escapatoria tomaba todos los caracteres de una aventura, y no sentía haber rehusado la invitación de Saffré.

Subió Máximo la escalera muy deprisa, como si entrara en su casa, siguiéndole Renata algo fatigada. Sentíanse ligeros olores de pescados y carnes asadas, y la alfombra de la escalera dejaba escapar un olor especial á polvos aromáticos que aumentaban la extraña sensación.

Llegados al entresuelo, un camarero de digno aspecto se arrimó á la pared para dejarles paso.

—Carlos,—le dijo Máximo,—nos vas á servir tú, ¿verdad? Danos el salón blanco.

Inclinóse el mozo, volvió á subir algunos escalones y abrió la puerta de un gabinete, cuyos mecheros de gas estaban á media luz, pareciéndole á Renata que penetraba en la penumbra de un lugar mágico y sospechoso.

Por la ventana abierta de par en par entraba

el ruido incesante del rodar de los coches, y sobre el techo, á los reflejos del café que había debajo, se dibujaban y se veían pasar rápidamente las sombras de los transeúntes.

El camarero dió toda la luz á los mecheros, y las sombras del techo se borraron, llenándose el gabinete de viva claridad, que iluminó de lleno la cabeza de Renata.

Había echado ésta hacia atrás su capuchón, y contrariada por el modo con que la miraba el mozo, púsose á pasear, mientras aquel entornando los ojos para verla mejor, parecía pensar: «A ésta no la conocía yo todavía.»

—¿Qué serviremos al señor?—preguntó en voz alta.

Máximo, se dirigió á Renata:

—La cena del señor de Saffré ¿verdad?—dijo,—ostras, una perdiz...

Y viendo sonreír al joven, Carlos le imitó discretamente, murmurando:

—Entonces, la cena del miércoles, si usted gusta...

—¿La cena del miércoles?—repuso Máximo.

Y luego, recordando, añadió:

—Sí, me es igual, danos la cena del miércoles.

Después que salió el camarero, tomó Renata un lente y comenzó á examinar el saloncito. Era una

pieza cuadrada, adornada de blanco y oro, y amueblada con la coquetería de un tocador. Además de las mesas y de las sillas había un mueble bajo, una especie de consola para colocar el servicio, y un ancho diván, un verdadero lecho, colocado entre la ventana y la chimenea.

Adornaban la chimenea de mármol blanco un reloj y dos candelabros Luis XVI, pero lo más curioso era el espejo bajo y ancho, que las señoras con sus diamantes, habían llenado de nombres, fechas, versos, pensamientos y admirables confesiones. Renata creyó leer allí una indecencia y no se atrevió á continuar.

Miró el diván, y sintiendo ante él nueva confusión, á fin de serenarse, afectó contemplar el techo y la lámpara de bronce dorado con cinco mecheros. Después, preguntó á Máximo:

—¿Qué es esa cena del miércoles?

—¡Ah! una apuesta que ha perdido uno de mis amigos.

En otra parte la hubiera contado sin vacilar, que aquello significaba que había cenado el miércoles con una mujer encontrada en el bulevar, pero desde que había entrado en el gabinete trataba instintivamente á Renata como á una mujer á quien es preciso agradar y evitarle los celos. Ella, por su parte, no insistió, y se dirigió á la ventana, yendo Máximo á asomarse con ella. Detrás

de ellos, Carlos, entraba y salía con ruido de vajilla y plata.

En el bulevar se agitaba París, prolongando el día antes de decidirse á buscar el lecho.

Las hileras de árboles delineaban confusamente las aceras y la vaga obscuridad del arroyo, por donde pasaban rápidamente los carruajes. Los kioskos de los vendedores de periódicos brillaban de trecho en trecho, como enormes faroles venecianos, grandes, pintarrajeados, puestos simétricamente á los extremos del bulevar. Perdíanse las aceras de vista sin la más ligera sombra, bajo una lluvia de rayos que las iluminaba con polvo de oro, semejante á la tibia y resplandeciente luz del sol.

Máximo mostró á Renata enfrente de ellos, el Café Inglés, cuyas ventanas estaban iluminadas, y como las ramas de los árboles les molestaban para ver las casas y la acera de enfrente, inclináronse sobre la ventana y miraron hacia abajo.

Era aquello un vaiven continuo. Los transeuntes circulaban en grupos, las mujeres de dos en dos, levantando sus faldas con lánguido ademán, lanzaban á alrededor miradas perezosas y risueñas. El café Riche, bajo la misma ventana, ostentaba sus mesas á la luz de las lámparas, cuyo resplandor alcanzaba hasta mitad de la calle, y en el centro de aquel foco ardiente era donde más

se destacaban aquellos rostros y aquellas figuras que desfilaban.

Alrededor de las redondas mesas, bebían las mujeres mezcladas con los hombres. Vestían trajes llamativos, llevaban la cabeza descubierta y hablaban en voz alta. Renata se fijó en una que estaba sola, vestida con un traje azul muy vivo. Bebía á sorbos un bock de cerveza y tenía todo el aire paciente y resignado de quien espera.

Y en tanto aquel desfile interminable siempre el mismo, volvía á pasar con pasmosa regularidad, en medio de los resplandores más vivos atravesando los trechos oscuros, en el mágico tumulto de aquellas mil llamas inquietas, que, como un oleaje, salían de las tiendas, de los kioskos, corrían sobre las fachadas en forma de letras, de dibujos de fuego, llenando la sombra de estrellas.

El ruido ensordecedor subía como un ronquido prolongado y monótono, como notas de órgano que acompañan á la procesión automática de unos muñecos. Renata había creído por un momento que algo anormal ocurría en la calle. Un grupo de gente se dirigía hacia la izquierda, un poco más allá del Pasaje de la Opera, pero tomando su lente, reconoció el despacho de los ómnibus. Había allí mucha gente en la acera, de pie, esperando y precipitándose cuando llegaba un coche.



Se oía la voz ruda del acomodador llamando los números, y los sonidos del timbre llegaban hasta allí claramente. Atraían también las miradas de Renata los anuncios de un kiosko, pintados con colores chillones, que representaban un diablo de burlesca expresión, de cuyo significado no pudo darse cuenta.

El ómnibus de Batignolles pasaba cada cinco minutos, con sus faroles encarnados y su caja amarilla, haciendo temblar las casas con su ruido.

—¡Ah!—exclamó Renata—¿qué tranquilamente duerme á estas horas el Parque Monceaux?

Esta fué la única frase que pronunció. Continuaron allí silenciosos veinte minutos, entregados al aturdimiento de los ruidos y las luces.

Después, puesta ya la mesa, se sentaron á ella, y notando Máximo que molestaba á Renata la presencia del mozo, le despidió.

—Déjanos. Ya llamaré para los postres.

La joven tenía las mejillas encendidas y sus ojos brillaban como si acabase de correr, pintándose en su rostro algo de la animación del bul-var. Y como su compañero quisiera cerrar la ventana, opúsose á ello, exclamando al ver que Máximo se quejaba del ruido:

—Eso nos servirá de orquesta. Verás que bien acompaña á nuestras ostras y á nuestra perdiz.

Sentíase rejuvenecida con aquella escapatoria. Sus movimientos eran febriles, rápidos, y aquel gabinete, aquel barullo de la calle, la animaban y la daban el aspecto de una muchacha.

Como Máximo no tuviera apetito, la veía devorar á ella sonriendo.

—Diantre, —murmuró, —hubieras hecho una buena compañera de cenas.

Renata se detuvo, enojada de comer tan deprisa.

—¿Tengo hambre, verdad? ¿qué quiere? El tiempo que hemos perdido en ese estúpido baile ha debilitado mi estómago. ¡Ah! ¡Pobre Máximo! Te compadezco al ver entre qué clase de gentes vives.

—Ya sabes, —dijo el joven—que te he ofrecido dejar á Silvia y á Laura de Aurigny, el día que tus amigas se decidan á venir á cenar conmigo.

—Tienes razón, —contestó Renata. —Nosotros nos divertimos de otro modo que esas mujeres, confíesalo... Si alguna de nosotras agobiásemos á un amante, como tu Silvia y tu Laura deben agobiaros, te aseguro que no le duraría á la buena mujer su amante una semana... Y tú no quieres hacerme caso. Prueba algún día.

Máximo, para no llamar al camarero, se levantó, retiró las ostras y acercó la perdiz que estaba sobre el aparador, y luego de pie, con su serville-